

RAZAS INDÍGENAS.

RANCHERIAS DE LA SIERRA MADRE.

Las asperezas de las montañas han sido en todos los países del mundo un refugio seguro para los perseguidos. Entre las quiebras y barrancas inaccesibles de las sierras ha encontrado también un asilo la libertad y la independencia de algunos pueblos, los cuales, rechazando todos los ataques de la fuerza material, han resistido al mismo tiempo toda la especie de conquista moral, y de esta manera han conservado sus antiguos hábitos y sus primitivas costumbres; así ha sucedido también en México: desde las primeras invasiones de los diferentes pueblos que fueron ocupando los valles fértiles del Anáhuac, se dispersaron multitud de familias, y encontrando un abrigo en la Sierra Madre, vivieron sustraídos del dominio de las monarquías grandes y pequeñas, hasta que aconteció otra catástrofe todavía mayor, que fué la conquista de todo el país por la raza europea. Entonces unos pueblos (y estos formaron la mayoría) se sometieron gradualmente á la dominación nueva; adoptaron, aunque imperfectamente, la religión católica y se amoldaron á las costumbres de sus dominadores; otros fueron reducidos á la servidumbre y á la esclavitud, y otros, en fin, de un carácter más independiente, abandonaron sus hogares y se dirigieron á la inmensa cadena de montañas que forma la cordillera de México.

Desbaratada para siempre la república de *Matlaltzingo*, los que sobrevivieron á la guerra formaron en los montes sus rancherías; lo mismo hicieron los *tarascos*, espantados de las crueldades de Nuño de Guzmán, á la vez que los *cascanes* y los *guachichiles*, los *taraumaras* y otras naciones que vivían más al Norte, resistiendo á las expediciones militares, peleando por algún tiempo, y cuando perdieron toda esperanza de triunfo, se remontaron también á los ramales de la sierra, resueltos á no sufrir dominación alguna. Este es, pues, en lo general el origen de las rancherías que se formaron en la sierra de Querétaro, en la de Michoacán, en la de Nayarit y en la que se conoce con el nombre de Topía ó Tarau-mara, que puede decirse comprende una parte de lo que hoy forma el territorio de los Estados de Zacatecas, Jalisco, Durango y Sonora. Estas rancherías han sido compuestas quizá de las familias ó parientes cercanos, y unas han conservado su idioma, sus ritos y sus costumbres; y otras, olvidando todo esto recobraron sus instintos salvajes y corrompieron tal vez su mismo idioma.

Después que los españoles se posesionaron de las villas y de las montañas donde encontraron las vetas de plata, pensaron en reducir á la obediencia á esos pueblos que eran numerosos y que no dejaban de hacer sus excursiones é imponer algún mie-

do á los habitantes de las llanuras; pero en algunos puntos los esfuerzos de las armas y las predicaciones de los misioneros fueron infructuosas, y tal es la tenacidad del carácter de algunas de las razas indígenas, que real y positivamente puede decirse que hasta hoy se conservan independientes, y los terrenos que habitan son enteramente desconocidos.

La desocupación que hicieron los indígenas de las tierras bajas, dió origen á la conquista de extensas provincias y la fundación de ciudades que después aumentaron y fueron el origen de otras y otras, que en el curso del tiempo han sido de grande importancia. Este escrito, que más bien es un párrafo que sirve de recuerdo ó de indicante para formar una historia más extensa de las rancherías de la Sierra Madre, lo terminaremos con una noticia de la fundación de algunas ciudades, aun cuando, como hemos dicho, no haya entrado en nuestro propósito el escribir sucesos que deben formar un volumen separado de la historia de la dominación española en el Nuevo-Mundo. Nunca está por demás el reunir datos y fechas que tanto trabajo cuesta adquirir y citar con mediana exactitud.

Las tribus remontadas en la sierra comenzaron á los pocos años de hecha la conquista á llenar de cuidado á los españoles, hasta el punto que el ayuntamiento de México se reunió en cabildo en 12 de Abril de 1576, á pesar de ser los días de la semana mayor, y consultó al virrey varias providencias, entre otras, la de levantar indios amigos para hacer la guerra á los chichimecas. Esta medida, y algunas otras que se tomaron, no fueron suficientes para restablecer la paz en sus tierras, sino la que antes se había adoptado de nombrar un capitán general á los chichimecas. Este fué Juan Bautista Valerio de la Cruz, natural

de Texcoco y descendiente de los monarcas de ese imperio. Este personaje, de influjo con los de su raza, de un valor á toda prueba y de una ilustración superior aun á la que tenían los hombres más distinguidos de su época, no solo pacificó una gran extensión de la sierra, sino que fundó las provincias de Tula, San Juan del Río, San Miguel el Grande, Querétaro, San Felipe, Celaya, Río Verde y otras; construyó las primeras iglesias que hubo en esos lugares, el famoso puente de Tula y la iglesia del mismo lugar, que regaló á los religiosos franciscanos; en una palabra, hizo á México servicios quizá de más consideración que muchos de los personajes europeos cuya fama ha volado de una en otra edad en alas de la aduladora historia. De esta manera las rancherías indígenas disminuyeron notablemente, pues las más obstinadas se internaron á otras sierras, mientras otras se redujeron á vivir en las orillas de las poblaciones que se fundaron según queda dicho.

Ya en 1558 había determinado la audiencia de Guadalajara que fuese Martín Pérez hacia el Norte á descubrir minas y á colonizar, y esta expedición produjo á poco tiempo el descubrimiento de los minerales del Eresnillo, Sombrerete y Nieves. A esta expedición siguió otra más numerosa, que por orden del virrey se puso al mando de Francisco Ibarra, el cual con una actividad prodigiosa recorrió un país muy extenso, haciendo la paz con algunos de los indígenas, rechazando á otros á las sierras, fundando las ciudades de Durango y Chihuahua, descubriendo los minerales de Indé, Santa Bárbara y Cuencamé, y reduciendo al orden y á la obediencia alguna parte de las rancherías de la Sierra de Topía.

La conquista del Nayarit ó serranía que

corre entre los Estados de Zacatecas, Sinaloa y Jalisco, fué muy posterior. La audiencia de Guadalupe mandó dos expediciones que entraron por el parage de Huainamota; pero fueron derrotadas por los indígenas: la tercera expedición enviada de orden del virey no tuvo mejor resultado que las anteriores hasta el año de 1721. Se confió una expedición colonizadora y conquistadora al mando de Juan de la Torre. Este capitán, más bien adornado de prudencia que de ese valor feroz que caracterizaba á la mayor parte de los conquistadores, é influente además por sus muchas riquezas, trató de atraerse por medio de promesas amistosas al jefe de los Nayaritas, pero malogrado el intento comenzó á hacerles duramente la guerra; pero poco acostumbrado á las fatigas militares se enfermó gravemente y perdió el juicio. Con tal motivo fué relevado del mando por el conde de la Laguna.

La guerra en el Nayarit continuó haciéndose por Juan Flores de la Torre (cuarto nieto del conquistador de Juchipila, y de donde procede la familia de Flores Alatorre) hasta 1722, en que después de muchos combates, los serranos consintieron en recibir pacíficamente á los misioneros jesuitas, que fueron substituidos después por los religiosos franciscanos de la provincia de Jalisco.

Extinguidas totalmente las misiones, muchos de los indígenas de las sierras han vuelto á su vida salvaje, que continúan hasta el día sin que los gobiernos de la república hayan pensado nunca en tomar una medida que haga útiles á esos infelices seres, y productivas las fértiles montañas en que habitan.

EL VALLE DE RIO-GRANDE.—EL VALLE DEL COLORADO.—TRIBUS CAZADORAS.

Como en la Asia y en la Africa, en la América tenemos también nuestros dilatados desiertos que mantienen hace quizá miles de años unas tribus misteriosas, cuyo origen es desconocido, cuya existencia extraña resiste á toda indagación histórica, cuyos hábitos salvajes resisten á toda civilización, y cuyas costumbres guerreras han rechazado constantemente la conquista. Nuestras tribus cazadoras son realmente *árabes americanos*.

Figúrense por un momento unos ríos anchos, profundos, cuyas aguas engrosadas por multitud de torrentes y riachuelos, corren turbias y borrascosas hasta precipitarse á la mar, rechazando con su fuerza irresistible las ondas de la playa y las mareas crecientes del Golfo de México y del Golfo de Cortés. Estos dos ríos, como padres venerables del desierto y de las selvas, dominan y fertilizan unos valles extensos, planos, unidos, cubiertos de árboles seculares y de bosques profundos donde quizá no ha penetrado todavía la raza humana. En estos valles cubiertos de pasto, de árboles, de frutas silvestres y de animales de caza, y que presentan perspectivas variadas, infinitas y sin término, y recursos abundantes para la existencia, es donde han vivido y viven las tribus cazadoras. Nada de recuerdos del pasado, nada de tradiciones, ningun vestigio de poblaciones antiguas, ninguna memoria de templos ni de sacrificios, ningun lazo ó eslabón antiguo ni moderno que haya unido á estas diferentes familias que vagan constantemente en el desierto con los que prosiguieron su peregrinación á la mesa central. No son ni los cholultecas que levantaron las pirámides, ni los mexicanos que construyeron sus templos, ni los chichime-

cas rebelados en las montañas contra la nueva autoridad española, ni los tímidos y miserables californios, ni tampoco las familias medio civilizadas que viven quietas en Sinaloa y Sonora, sino otras razas de hombres, fuertes, indomables, orgullosos, que no cambian sus selvas profundas, ni sus ríos anchurosos, ni sus sabanas verdes y grandes como el Océano, por ninguno de los atractivos de una nueva civilización que ellos ven como signo de una irremediable esclavitud.

Por mucho tiempo estuvieron ignorados de los españoles estos magníficos y extensos desiertos, hasta que las aventuras casi fabulosas de los compañeros de Pánfilo de Narvaez, y cuyas exploraciones coincidieron con la expedición á Quivira de Vazquez Coronado, dieron idea de que al Norte y Nordeste había todavía tierras y mas tierras, que por la extensión y fertilidad formaban realmente un mundo todavía mas nuevo y mas grandioso que el que había conquistado el marqués del Valle y sus capitanes y soldados. En diversas épocas se enviaron expediciones mas ó menos numerosas, que no produjeron mas resultado satisfactorio que la exploración de algunas secciones de ese país; pero sin llegarlo ni á conocer en sus pormenores locales, ni á dominarlo enteramente. Por los años de 1670 había el gobierno suspendido enteramente las expediciones, contentándose con sostener algunos puestos militares, que entonces se llamaban presidios en las fronteras mas avanzadas, que eran entonces Chihuahua y el Saltillo, cuando el padre Fr. Juan de Larios, que regresaba de una expedición á su vicaría cerca de Colima, fué sorprendido por un grupo de indios que se lo llevaron rumbo al Nordeste, caminando muchos días hasta que llegaron á un lugar de un cielo sereno y despejado, y de un campo fértil,

verde y fresco, regado por las corrientes que formaban varios manantiales de agua pura y cristalina, y allí oyó que los indios gritaban: *Coahuila, Coahuila*, que en el idioma que ellos hablaban era equivalente de *tierra hermosa, tierra feliz*: desde entonces se quedó á ese territorio que forma una parte del Valle de Rio Grande el nombre de *Coahuila*: esta etimología parece mas verosímil que la *calida fornax* convertida en California.

El padre Larios, lejos de desanimarse con el aislamiento á que sus raptos lo habían reducido, conduciéndolo á tierras tan lejanas, donde estaba privado de todo socorro humano, comenzó desde luego su obra evangélica, y con sus propias manos construyó una capilla en una de las rancherías mas pobladas, y continuó visitando durante tres años las familias ó tribus hasta que formó las misiones de Coahuila, auxiliado por los padres Fr. Estéban Martínez, Fr. Manuel de la Cruz y Fr. Juan Barrero, á quienes había podido escribir á Guadalupe, comunicándoles sus peregrinas aventuras y la obra piadosa que á consecuencia de ellas había emprendido entre aquellas tribus gentiles.

Desde esta época data la fundación del convento de Boca de Leones, y de la colonia de tlaxcaltecas que hasta hoy subsiste en una pintoresca aldea, á que después le pusieron el nombre de *Bustamante*, como si los servicios que este general hizo á su país hubiesen sido bastantes para borrar la respetable tradición histórica y cambiar la condición de ese puñado de indígenas de la mesa central, engastados entre las orgullosas tribus del desierto.

La ciudad de Monterey no fué fundada sino hasta 1602 por el padre Fr. Andrés de León; de manera que á todo el territorio se le llamó nuevo reino de León, en ho-

nor del padre fundador, y á la capital Monterey, ya por la magestuosa montaña á cuyo pié está edificada, ya por el título que tenía el virey, que en esta época gobernaba.

En 1719, se emprendió una expedición formal al otro lado del valle del Rio-Grande por D. José Valdivieso, marqués de San Miguel de Aguayo. Allí oyeron los conquistadores gritar á los indios *Tejía, Tejía*, y llamaron á todo el país provincia de los *Tejas*, que reconocieron en una gran extensión hasta tocar en el valle inmenso del *Mississippi* ó del padre de los rios, como lo llamaban los indígenas que habitaban sus orillas.

La colonización de Tamaulipas fué ya muy posterior, pues realmente los antiguos dominios de Nuño de Guzman habian permanecido en el mas completo abandono, hasta que el virey conde de Revillagigedo envió por los años de 1746 á D. José de Escandon, quien fué el que estableció los presidios en las orillas del Rio Bravo y fundó diversos pueblos en la Sierra de Tamaulipas.

Esta es en compendio la historia de esos cuatro Estados formados en el valle del Rio-Grande.

El antiguo *Tejía* pasó ya á poder de los norteamericanos, y los otros tres tienen que ocupar en la historia un distinguido lugar: pero todo esto mas bien pertenece á la historia de la dominación española, y volveremos á ocuparnos de las tribus cazadoras.

Todo ese país inmenso, conquistado mas bien por los frailes que por los soldados, quedó en la apariencia sujeto y en efecto tranquilo durante largas épocas, pero en la realidad inseguro con las agresiones de las tribus cazadoras. Ni las predicciones de los misioneros, ni los conocimientos que pudieron darles de la religión

cristiana, ni la fuerza armada que se guardaba en las fortalezas fronterizas, fueron bastantes para hacer entrar en los hábitos tranquilos de la vida civilizada á estos hijos terribles de las florestas. Apenas se descuidaban los padres misioneros, cuando ya las tribus habian desaparecido, bien para hacer sus sangrientas cacerías del cibolo, ó bien para emprender una campaña contra otra tribu, ó en final resultado para caer sobre algun punto militar mal guarnecido: de aquí estas perpetuas campañas de los soldados fronterizos, y de aquí las fatigas y peligros sin término ni resultado de los religiosos misioneros.

En todos esos terrenos todavía desconocidos y solitarios, que constituyen propiamente los valles del Colorado y del Rio-Grande y que forman la parte fronteriza mas ancha de la América del Sur, existian y existen multitud de tribus con diferente idioma, y aunque enemigas unas de otras, con idénticas costumbres y con los mismos instintos como es preciso que los tengan los que viviendo constantemente en el desierto de una manera excepcional, necesitan del desarrollo de sus fuerzas físicas que de bien poco sirven al hombre civilizado, que todo lo suple y reemplaza con la maquinaria y con los diversos instrumentos.

Las tribus cazadoras, sean ó no muy numerosas, tienen una organización absolutamente militar. El mas valiente, el que ha hecho campañas mas felices, el que ha arrancado mayor número de cabelleras, es el *capitan grande* que manda á todos.

La gran familia ó tribu está dividida en porciones mas pequeñas, y cada una de ellas está mandada por un jefe de menor graduación ó *capitanillo*, que en el gobierno de su tribu tiene una autoridad ilimitada ó independiente, pero en los asuntos generales y particularmente en los de

guerra está subordinado al *capitan grande*. Ninguna de las tribus cazadoras tienen residencia fija: cuando algun pájaro siniestro atraviesa por sus campamentos, cuando alguna enfermedad ataca á los niños ó á las mugeres, cuando las aguas se enturbian, en fin, cuando acontece el mas ligero incidente, levantan inmediatamente su campo y se trasladan á otro lugar donde encuentren aguas abundantes, frutas silvestres y árboles que les den sombra: sus ocupaciones favoritas, particularmente en ciertas épocas del año, son la caza y la guerra. El *capitan grande* reúne su consejo, compuesto de los *capitanillos* de las tribus; todos se sientan formando una rueda, esperan la oscuridad de la noche para comenzar la deliberación, y entonces encienden hogueras al alrededor del consejo.

«El cibolo huye de las praderas frias, dice el *capitan grande*, y es menester salirle al encuentro para herirlo con nuestras flechas y nuestras lanzas. Necesitamos sus pieles.»

El *capitan grande* calla y se queda pensativo; todos los *capitanillos* parece que lo imitan, y permanecen mirando fijamente los tizones rojizos de las lumbradas.

Después de un cuarto de hora el silencio solemne se interrumpe por alguno de los *capitanillos*, que repite textualmente las palabras que ha dicho el *capitan grande*: lo mismo hacen los demas, y una vez que están de conformidad, el *capitan* señala el número de guerreros que han de concurrir, las lunas que ha de durar la cacería y el punto de reunión; todo esto con frases concisas y lacónicas, quizá tal vez porque su dialecto no es muy abundante de palabras, aunque por lo general se nota en estas gentes un afecto decidido á las imágenes, y á los símiles tomados de las cosas de la naturaleza que mas llaman su atención.

Tú eres *capitan grande*, robusto como los árboles, terrible como las crecientes del rio, y ligero como las águilas. La cacería será abundante, y el cibolo y los jabalíes caerán heridos con nuestras flechas. Con un discurso semejante termina el consejo, y en seguida comienzan al derredor de las hogueras á bailar, haciendo contorsiones extrañas y fantásticas, hasta que aquellos feroces atletas caen rendidos de cansancio y de sueño.

Una escena de estas en el silencio y en la soledad profunda de los bosques del Nuevo-Mundo es tan extraña y tan terrible, que jamas se olvida, y deja una impresión tan fuerte como si se asistiese á un espectáculo de otro planeta desconocido y misterioso que hemos tal vez visto en el delirio de una fiebre.

Concluido el consejo, cada *capitanillo* se retira, convoca á sus guerreros, deja con una competente escolta á las mugeres y á los niños y marcha al lugar de la cita, que muchas veces dista ciento y doscientas leguas de la ranchería.

Para decretar una guerra se usa de la misma ceremonia, que es un poco mas larga, porque en ese lenguaje poético y conciso, se expresan los agravios de los enemigos á quienes se va á combatir, y las medidas que deben emplearse para vencerlos. No creo muy adelantadas á estas tribus en los conocimientos astronómicos; sin embargo, calculan perfectamente sus distancias y sus operaciones por lunas, y casi nunca se equivocan. Cuando terminadas cuatro ó cinco lunas, que es por lo comun el tiempo que emplean en sus expediciones, regresan á sus campamentos, las mugeres se emplean en curtir las pieles de los animales ó en aprovechar en sus adornos raros los despojos de los enemigos, y los hombres se entregan á la holganza mas completa, perma-